

I. Introducción

Hoy día a nadie le cabe ninguna duda de la tremenda importancia de la guerra en las sociedades pretéritas (Clark, 1980: 215-216; Quesada, 1997a: 11; Sánchez-Moreno, 2001: 153; M. Harris, 2011: 96). Su estudio se entiende como un aspecto imprescindible para explicar el funcionamiento de cualquier sociedad antigua, sus relaciones internas y la interacción con otros grupos foráneos. En este sentido, las armas, verdaderas herramientas de oficio de la guerra, constituyen la evidencia más clara de su práctica en esas sociedades. Sin embargo, ni las armas fueron la única evidencia de la práctica de la guerra ni la práctica guerrera es el único motivo de existencia de las armas. En muchas ocasiones estas traspasaron su función más evidente para convertirse en verdaderos símbolos de grupos privilegiados o indicadores de estatus, entre otros. Tampoco hemos de sustraerles otros valores como el valor disuasorio que posee cualquier arma o fortificación, en otras palabras, el papel que tiene de evitar la práctica de la guerra a través de la intimidación.

La sociedad vaccea, turmoga, berona, autrigona, caristia o cántabra, es decir las sociedades prerromanas del Duero Medio-Alto Ebro no fueron una excepción a esto. La guerra jugó un papel muy importante en el funcionamiento de las mismas y las armas constituyeron una evidencia muy preciada de su práctica. Estas evidencias han sido rescatadas fundamentalmente en contextos funerarios, acompañando a su poseedor al *más allá*, lo que pone al descubierto la relevancia que tuvieron estos objetos para sus poseedores tanto a nivel funcional como simbólico. Su estudio no solamente permite acercarse a la actividad guerrera, el simbolismo de las armas o las formas de combate, sino que, además, son capaces de arrojar luz sobre otros aspectos de estos pueblos como la tecnología, la producción artesanal, los contactos comerciales o las prácticas funerarias, además de ser el reflejo de una sociedad jerarquizada y aportar pistas de ciertas actividades económicas.

Con estas premisas nos disponemos a iniciar un estudio dedicado a los puñales del Duero Medio y Alto Ebro durante la Protohistoria que nos permita averiguar algo más del armamento y de la guerra, a través de la definición de los tipos de puñales que portaron sus gentes. Este es un trabajo de conjunto y pormenorizado que tiene como objetivo principal el estudio de las tres dagas autóctonas o producidas en la región del Alto Ebro y el Duero Medio durante la Segunda Edad del Hierro, es decir, nos referimos a los puñales de tipo Monte Bernorio, de enmangue en espiga y de filos curvos. Si bien el propósito no es solo reconocer los tres tipos de puñales autóctonos de la zona, sino también individualizar cada uno de ellos al mismo nivel, definir sus características morfológicas, estructurales y ornamentales, proponer una cronología para cada uno de ellos, saber las zonas de dispersión, contabilizar el número de ejemplares hallados e intentar reconocer en la iconografía sus posibles reflejos, para poder finalmente conocer la evolución de los puñales entre el

s. v a.C. y el s. I a.C. en la región que tratamos. Asimismo, el estudio de todos los puñales hallados en la zona nos permitirá diferenciar aquellas piezas importadas de otros territorios de la Península Ibérica, las cuales también se tratan en un apartado de este trabajo.

I. Marco geográfico

En el año 2002 C. Sanz en su contribución para el Seminario «La Guerra en el mundo ibérico y celtibérico (ss. VI-II a. de C.)» de la Casa Velázquez titulada «Panoplias prerromanas en el centro y occidente de la Submeseta norte peninsular» confirmó y consolidó definitivamente, a nuestro entender y muy acertadamente, la división entre la panoplia de la zona occidental de la Meseta, asimilada con el foco vetón, y la de la zona del Duero Medio y Alto Ebro, vinculada a vacceos, austrigones, berones y otros pueblos de la zona (Fig. 1). Esta división, que previamente se había insinuado en otros trabajos (Cabré y Baquedano, 1997: fig. pág. 245), quedaba evidenciada en la propia estructura del trabajo (Sanz, 2002: 91-126), donde la diferencia de los tipos y variedad de armas descubiertas en las necrópolis vetonas y en las del interior de la Meseta norte y del Alto Ebro obligó a separar ambas zonas en dos apartados diferenciados y, finalmente, a concluir que había «una clara diferenciación entre las panoplias existentes en las dos áreas culturales estudiadas» (Sanz, 2002: 126). Para Sanz esta distinción venía avalada, además, por la mayor permeabilidad del mundo vetón a influjos externos lo que dio como resultado una mayor riqueza de variedades tipológicas en su armamento frente al Duero Medio y Alto Ebro, «zona esta que solo parece alterar su secular tradición armamentística en momentos avanzados, por influjos del oriente de la Meseta» (Sanz, 2002: 126). A excepción de esta última afirmación que parafraseamos, suscribimos completamente las conclusiones a las que llegaba en su trabajo. A nuestro juicio, la diferencia entre la panoplia vetona y aquella extendida entre los pueblos del Duero Medio y Alto Ebro es evidente,

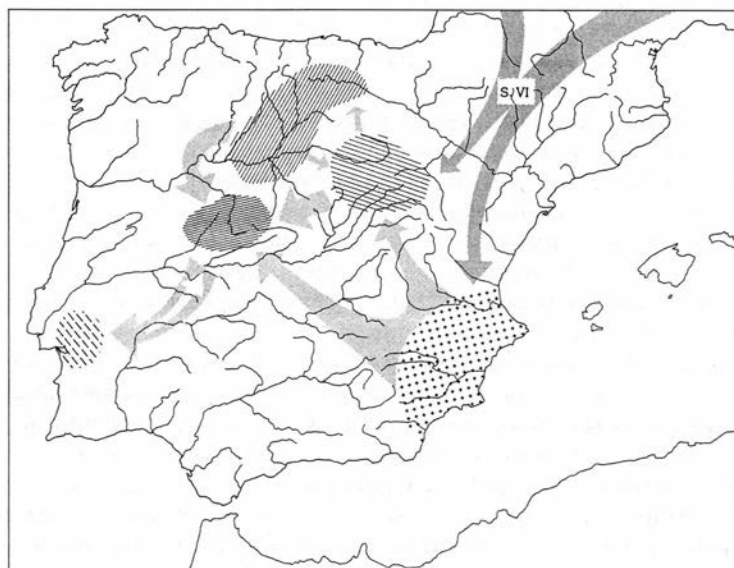


Fig. 1. Principales áreas culturales de la Meseta Norte reflejadas en el armamento (según Sanz, 2002: fig. 1A).

incluso podemos decir que esta panoplia ni tan siquiera fue permeable a los influjos procedentes del Alto Duero en los siglos inmediatos al cambio de Era.

A día de hoy, sobre todo a partir de nuestros trabajos sobre las dagas de la zona del Duero Medio y Alto Ebro (De Pablo, 2010; 2012), ni siquiera el propio C. Sanz sostiene que hubo una permeabilidad en la panoplia vaccea en momentos avanzados (Sanz, 2010; 2016). Puesto que las espadas de antenas o las de tipo La Tenè siguen siendo un elemento completamente residual en la panoplia, los puñales bidiscoidales, que habían servido para proponer una panoplia común para todas las gentes de la Meseta durante los momentos finales de la II Edad del Hierro o para sostener esa permeabilidad en momentos avanzados, han sido desplazados de la zona del Duero Medio como arma local y la pervivencia de otras armas locales como las *caetrae* Monte Bernorio está asegurada hasta entrado el s. I a.C. En definitiva, los hallazgos e investigaciones realizadas desde la publicación del trabajo de Sanz no han hecho más que confirmar la independencia de la zona del Alto Ebro-Duero Medio frente a las regiones vecinas. A raíz de esta definición, deberíamos incluir esta región como un área geográfica más a las 17 ya reconocidas en su momento por Fernando Quesada en su estudio integral del armamento en la Península Ibérica (Quesada, 1997a: 31-37, figs. 6 y 7). Una nueva área generada a partir de la segregación de la parte occidental de las áreas 12 y 13, una división que ya intuía el propio autor cuando afirmaba que «una subdivisión más detallada de estas amplias y diversas regiones sería imprescindible en un análisis detallado del armamento llamado “celtibérico”». En este sentido, creemos, además, que cumple a la perfección los criterios de división establecidos por el mismo Quesada (1997a: 31-32), ya que es un territorio suficientemente grande como para practicar los análisis pertinentes de un tipo de armamento de manera global, evitando los poco efectivos estudios de armamento enfocados a unidades paleoetnográficas o incluso de yacimientos concretos como ha ocurrido en la zona, cuyos resultados no reflejan las variaciones reales entre las diferentes regiones. Asimismo, tampoco vulnera las grandes unidades geomorfológicas del cuadrante noroccidental de la península y rehúye las divisiones administrativas actuales.

Pero no solamente debemos definir una región por la oposición de las demás. Como muy acertadamente decía Sanz en su trabajo «el estudio del armamento prerromano ha de encajarse en el marco social, político, económico y cultural de las sociedades que los generaron y, en este sentido, la valoración conjunta de multitud de elementos arqueológicos—producciones cerámicas, bronceas, patrones, de asentamiento, rituales funerarios, etc., numismáticos, iconográficos, documentales escritos, etc.; resulta imprescindible» (Sanz, 2002: 127). Es por ello que para la definición de un área geográfica para el estudio de las armas hemos de tener en cuenta, también, las similitudes internas en otros campos, como la cultura material, excluyendo, ahora sí, el armamento de esta ecuación. Los vínculos entre el Duero Medio y el Alto Ebro son más que evidentes, algo de lo que muchos autores se han percatado. La cultura material, aún a falta de la publicación de muchos estudios concretos, muestra en ambos casos una relación innegable. Esta relación adquiere una particular relevancia en el campo de la cerámica, así la aparición de formas casi idénticas en los vasos—copas, cantimploras, embudos o los grandes vasos de almacenamiento tipo *dolium*, todos ellos documentados tanto en la región vaccea (Blanco, 2010) como en el poblado de La Hoya (Llanos, 2005: 23)— como la existencia de cajitas excisas en los dos ámbitos avalan esta relación. En el campo de la metalurgia son muchas las producciones, sobre todo fibulas, las que se repiten entre uno y otro lado. Es cierto que muchas de estas, como las de caballito, se extienden más allá del Alto Ebro-Duero Medio, sin embargo, también encontramos algunos otros objetos singulares que parecen restringirse a esta zona de estudio, caso por ejemplo de los colgantes bronceos de rueda, recuperados en el poblado de La Hoya (Llanos,

2005: fig. 36) y en la tumba 28 de Las Ruedas (Sanz, 1997: 73-77, fig. 67). Los rituales funerarios también se repiten en una y otra zona, incineración/cremación en todas las necrópolis que hemos tratado e inhumación para los niños menores de un año bajo los suelos de las casas. Aparte de estas, son otras las vinculaciones entre uno y otro ámbito, que no expondremos aquí pues sobrepasan totalmente nuestro campo de estudio, unas vinculaciones que vienen a respaldar la creación de una nueva región de estudio para las armas que es el Alto Ebro-Duero Medio.

A partir de lo dicho, la «exclusión» de la zona vetona en nuestro estudio, aunque ha sido una de las decisiones más difíciles, la creemos totalmente justificada. De todos es sabido, que aquí se encuentran La Osera y Trasguíja dos de las primeras necrópolis donde se encontraron conjuntamente los tres tipos de puñales que protagonizarán nuestro trabajo —tipo Monte Bernorio, de enmangue en espiga o de filos curvos—,¹ sin embargo, el rico registro arqueológico encontrado en ellas revela una realidad bien diferente a la de los cementerios del resto de la Meseta, tal y como decía Sanz (2002: 126). Las numerosas sepulturas halladas en estas necrópolis abulenses han rendido, y no en pequeñas proporciones, armamento procedente de lugares tan alejados como el Alto Ebro-Duero Medio, la Celtiberia, el mundo Ibérico o la zona occidental de la Meseta Sur, lo que contribuye a hacer más difícil el estudio del armamento en el mundo vetón. Así, consideramos que antes de abordar el estudio de una panoplia tan compleja como la vetona se debería llevar a cabo un estudio particular del armamento de aquellas regiones de donde se nutre, para así reconocer que armas son propias de esta región, algo que a día de hoy no está totalmente claro. Aparte de estos motivos, cuando empezamos nuestro trabajo la necrópolis de La Osera estaba siendo objeto de estudio por parte de Isabel Baquedano, un estudio que se ha resuelto recientemente en una tesis doctoral (Baquedano, 2013) y su posterior publicación (Baquedano, 2016).

La exclusión de una zona (caso del Alto Duero o del foco abulense) no quiere decir que a la hora de estudiar los tres tipos de puñales originarios y, en consecuencia, más extendidos en la zona estudiada —Monte Bernorio, enmangue en espiga y filos curvos—, prescindamos de los ejemplares allí descubiertos, sino todo lo contrario estos serán igualmente contabilizados, estudiados y analizados, además de ser utilizados para hacer tipología, observar la extensión de estos modelos o crear una secuencia evolutiva de la que por supuesto formarán parte. En otras palabras, los ejemplares hallados fuera de la zona de estudio no se han recogido en nuestro inventario, pero se han tenido en cuenta a la hora de estudiar cada uno de esos tres tipos de puñal como luego veremos.

En definitiva, el marco geográfico de estudio engloba un área de aproximadamente 33.300 Km², geográficamente se corresponde con la cuenca media del Río Duero y la cuenca alta del Río Ebro, y está limitado al norte por la Cordillera Cantábrica, por el este por la Sierra de la Demanda, por el oeste por el río Valderaduey, en tanto que por el sur el límite es un poco más impreciso, pero no alcanzaría en ningún caso la sierra de Ávila ni el Sistema Central (Fig. 2). Esta área, la cual supera por completo las divisiones administrativas actuales, incluye las provincias de Valladolid, Palencia y Burgos prácticamente íntegras, a excepción de la zona suroccidental de la provincia burgalesa vinculada más con el mundo celtibérico, además de la mitad meridional de la provincia de Álava y la Comunidad Autónoma de Cantabria, mitad septentrional de las provincias de Segovia y Ávila y el extremo occidental de La Rioja. Una vez definida esta área, donde la panoplia muestra una independencia y personalidad propia, no cabe duda alguna de los límites que deben imperar en nuestro estudio.

¹ Aunque estos dos últimos tipos de puñales no fueron reconocidos en esos momentos con estas denominaciones, fueron los primeros lugares donde se documentaron.

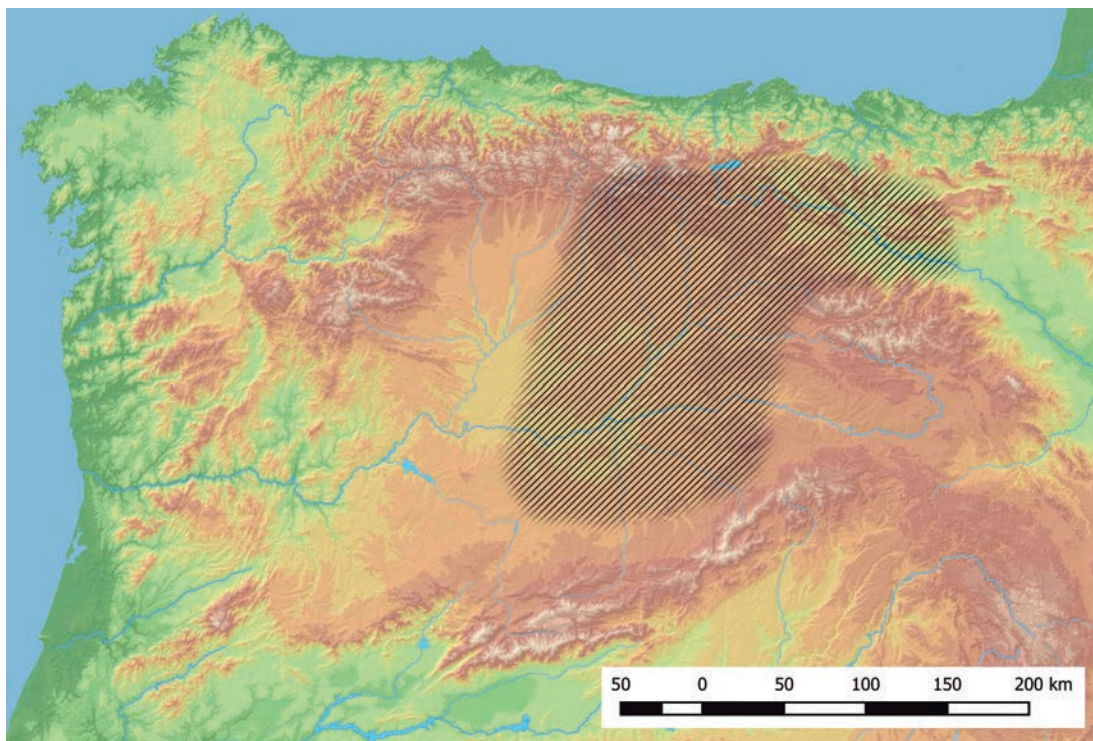


Fig. 2. Zona de estudio de nuestro trabajo (rallada).
Zona geográfica del Alto Ebro-Duero Medio.

Podríamos haber optado por hacer un estudio de un tipo de armas superando las áreas arqueológicas definidas, olvidándonos de cualquier límite geográfico y llevando a cabo una recopilación de los tres tipos de puñales que van a protagonizar el trabajo. Esto muy probablemente nos habría indicado, también, que estos tres puñales objeto del estudio fueron armas producidas en el Alto Ebro-Duero Medio, aparte de que hubiéramos inventariado y consultado todos los puñales del tipo Monte Bernorio, enmangue en espiga y filos curvos. Sin embargo, ello hubiera aportado menos información al estudio de las armas, ya que si hubiéramos optado por esa opción habríamos obviado cualquier estudio de los puñales celtibéricos en el centro de la Meseta, y no podríamos haber asegurado con datos y porcentajes el carácter autóctono y alóctono de unas y otras dagas. Además, como decíamos arriba, el hecho de no estar presentes esos puñales hallados fuera de la zona de estudio en nuestro inventario no nos ha impedido estudiarlos o usarlos en nuestro estudio particular de cada uno de los tipos autóctonos de la zona estudiada.

II. Marco cronológico

La definición del marco cronológico en nuestro trabajo ha sido mucho más sencilla que la del marco geográfico, ya que lo podemos resumir en la cronología que impone el periodo de la Segunda Edad del Hierro en la zona de estudio. La elección de la Segunda Edad del Hierro como marco cronológico está más que justificada, pues es cuando se generaliza la utilización del hierro para diferentes herramientas y, particularmente, para las armas, es cuando se introduce en las

producciones locales y se comienzan a manufacturar los primeros modelos exclusivos de esta zona. En este sentido, nuestro trabajo abordará el estudio de los primeros puñales de hierro realizados en el Alto Ebro-Duero Medio. Frente a esto, durante los siglos anteriores en el horizonte de El Soto, identificado con la I Edad del Hierro en la cuenca media de Duero, se desarrolló una metalurgia esencialmente broncea, atestiguada en varios poblados como El Soto de Medinilla, que dio como resultado producciones armamentísticas que distan mucho de parecerse —no solo en el material, sino también en la morfología y estructura de las piezas— a lo que más tarde se verá en las mismas tierras del Duero Medio. Asimismo, la cultura de El Soto aún cuenta con algún otro inconveniente que nos obliga a establecer nuestro punto de partida en la segunda mitad del s. v a.C. Aparte de desarrollarse una metalurgia esencialmente broncea que, como decimos, influye profundamente en el resultado final de los productos manufacturados, la cultura de El Soto todavía no ha desvelado el destino de los cuerpos de sus difuntos, en otras palabras, no conocemos ninguna de sus necrópolis, lugares de donde procede casi el 90% de las armas en la Segunda Edad del Hierro. Aunque se han rescatado armas en poblados, a día de hoy, la escasez de las mismas, influenciado en parte por no tener lugares donde se han recuperado tantas armas como en las necrópolis de la II Edad del Hierro, hace francamente difícil comparar unas y otras producciones, ver si hay una ruptura, como parece intuirse marcada por la llegada de un nuevo material para la construcción de las mismas, o si podemos vislumbrar alguna continuidad entre ambos horizontes.

El tránsito entre la Primera y la Segunda Edad del Hierro, marcado en la región por la brusca desaparición de la cultura de El Soto y establecido por diferentes autores en torno finales de la V centuria antes de la Era (Romero, Sanz y Álvarez-Sanchís, 2008: 679) será lo que marque el comienzo para nuestra investigación.

Por su parte, a la hora de establecer el final de nuestra investigación se nos han planteado dos opciones sobre la mesa: cerrar nuestro inventario con la caída / inclusión del mundo indígena en la Administración romana o bien, recoger todos aquellos materiales de raigambre indígena o con influencias indígenas, que por cronología o contexto pudieran considerarse ya romanos. Es cierto que lo más obvio hubiera sido terminar nuestro estudio con la conquista del Duero Medio y el Alto Ebro por Roma y en consecuencia con el final de las producciones y tradición armamentística local. Sin embargo, la adopción de armas locales en las panoplias de los soldados del ejército romano y, sobre todo, la poderosa influencia que ejerció la última daga indígena —el puñal de filos curvos— sobre el origen del *pugio* romano (De Pablo, 2012) han hecho aconsejable prolongar nuestro estudio hasta la segunda mitad del siglo I a.C. Ello podrá ayudarnos a explicar porque hay un mayor o menor número de dagas indígenas vinculadas al ejército romano, los motivos por los que las dagas celtibéricas están presentes en los contextos más modernos del Duero Medio o qué rasgos presentan los prototipos de *pugio* en unos momentos y otros. Asimismo, entendemos que el origen del *pugio* romano hunde sus raíces, por muy paradójico que pueda sonar, en las tradiciones armamentísticas de dos puñales de la Meseta Norte peninsular, una relación que ya se ha establecido y explicado en multitud de ocasiones cuando se ha estudiado la daga biglobular o bidiscoidal celtibérica, pero que no se ha incluido todavía dentro del discurso evolutivo de las dagas del Duero Medio y Alto Ebro.

En definitiva, nuestro trabajo engloba todas las dagas halladas en la zona de estudio desde la segunda mitad del siglo V a.C. hasta la segunda mitad del siglo I a.C.; si bien es cierto que nuestra investigación se centrará en el estudio de las dagas manufacturadas en la zona frente a aquellas que son consideradas importaciones, las cuales serán tratadas tangencialmente y se tratará de dar una explicación de su presencia en la zona estudiada.

III. Fuentes de estudio y su valoración

1. Datos arqueológicos o realia

La documentación arqueológica es, sin lugar a dudas, la que soporta el peso de esta investigación. Podemos afirmar sin ningún complejo que si excluyéramos esta fuente documental sería a todas luces imposible la realización de un trabajo sobre las dagas del Duero Medio y Alto Ebro. Por lo tanto, los problemas existentes en esta primera fuente adquieren inexorablemente una dimensión mucho mayor que en el caso de las dos siguientes.

Como decimos esta fuente de información es la base de nuestro estudio y con la que hemos construido nuestro trabajo. Ello se refleja en un catálogo o inventario de piezas donde se recogen todos los puñales hallados en la zona del Duero Medio y Alto Ebro, aquí resumido, por razones de espacio, a nueve apartados que son los siguientes: número de catálogo (mediante el cual citaremos en el texto los puñales de la zona nuclear); yacimiento; contexto del hallazgo (tumba, depósito, conjunto, nivel, prospección, posición secundaria, etc.); lugar actual del depósito; tipo de puñal (Monte Bernorio, Enmangue Espiga, Filos Curvos, Bidiscoidales, Frontón mixto, Antenas atrofiadas, Alcacer do Sal, Frontón exento); subtipo (en caso de que los haya en el tipo de puñal); piezas conservadas del conjunto del puñal (puñal, vaina, broche y, en algunos casos, placas) medidas; y bibliografía.

Historiografía de una panoplia: la información arqueológica como una fracción de la original (o no)

Siempre hemos de partir del hecho de que la información o material del que disponemos en la actualidad es solamente una parte de la original. Si bien, en el caso de nuestro estudio, hemos de manifestar que la muestra que se ha tenido del armamento de la zona y de las dagas en particular, aunque fue aleatoria, en ningún caso fue significativa de la realidad. Incluso podríamos llegar a calificarla de caprichosa o incluso tergiversadora. La muestra existente (pública o, más bien, publicada) hasta hace relativamente poco ofrecía una realidad bien diferente de la que podemos interpretar hoy a partir de los datos que hemos manejado. Así, la documentación con la que contaban los investigadores «revelaba» que los puñales Monte Bernorio, piezas por excelencia de la metalistería prerromana del Duero Medio, se veían sustituidos a principios de la segunda centuria antes de Cristo por los puñales bidiscoidales, en lo que se podría ver como un proceso de expansión de la daga celtibérica, erigiéndose una vez más la Celtiberia como el particular *ex oriente lux* del mundo prerromano del Duero Medio y el Alto Ebro.

La formación de una imagen distorsionada de la panoplia indígena tiene su base: primero, en una historiografía que en un principio no percibió las diferencias entre el foco abulense y la zona central del Duero; segundo, en unas excavaciones centradas en la zona periférica de la Meseta Norte; y tercero, en la no publicación de varios yacimientos excavados décadas antes. Durante la primera mitad del siglo xx fueron pocas las excavaciones realizadas en la Cuenca Central del Duero, la mayor parte de la información relativa al armamento prerromano de las gentes del Duero Medio y Alto Ebro emanó de los trabajos de Romualdo Moro en Monte Bernorio (Moro, 1891), de los hallazgos sueltos en Palencia capital (Cabré, 1931) y de las excavaciones en las dos necrópolis del denominado *foco abulense* (Las Cogotas y La Osera, Cabré, 1932 y Cabré, Cabré y Molinero, 1950), a las que posteriormente se unieron los materiales de la necrópolis burgalesa de Miraveche (Schüle, 1969). Qué duda cabe que los resultados de las dos necrópolis abulenses fueron los más

destacados, y ello permitió a su excavador, Juan Cabré (1931), extrapolar los resultados de esos dos cementerios al resto de la Meseta Norte, sin darse cuenta que en esos yacimientos convergieron varias panoplias diferentes, llegando dagas tanto de la Celtiberia como de la entonces llamada «cultura Miraveche-Monte Bernorio».

Aun con todo, a nuestro juicio, puede que la afirmación más transcendental de todas fuera extender la presencia del puñal biglobular a toda la Meseta Norte, apoyándose en los «caprichosos» hallazgos en la necrópolis palentina de Eras del Bosque. Allí se hallaron puñales biglobulares y prototipos de *pugio* que no se dudó en relacionarlos con los anteriores, lo cual no hacía más que apuntalar la hipótesis de que el puñal biglobular estuvo presente a finales de la II Edad del Hierro, no solo en el foco abulense, sino también en la zona central del Duero. Sin embargo, en la «forja» de la imagen de la panoplia indígena vaccea no se tuvo en cuenta el lugar de donde provenían los puñales, un contexto muy moderno (siglo I a.C.) creado por la maquinaria bélica romana, que había hecho de fuerza de arrastre de las armas, y particularmente de los puñales, desde la zona oriental de la Meseta hacia el centro. Mientras tanto, los puñales autóctonos de la zona —puñales de enmangue en espiga y de filos curvos—, enmarcados cronológicamente en las dos centurias y media antes de la era, eran casi desconocidos, nuevamente por la caprichosa y aleatoria «suerte» de haber intervenido dos yacimientos como Miraveche y Monte Bernorio, los cuales manejaban cronologías en sus necrópolis anteriores a la aparición de los tipos mencionados.

Todo ello ayudó a generar una imagen de la panoplia de las gentes del Duero Medio y Alto Ebro un tanto desdibujada en la que, como decimos, los puñales Monte Bernorio se vieron sustituidos por unos puñales alóctonos a principios del siglo I a.C. En los años ochenta y noventa de la pasada centuria las excavaciones en Las Ruedas, Villanueva de Teba, Palenzuela o La Hoya, ayudaron a apuntalar esta interpretación pues el hallazgo de puñales Monte Bernorio se sucedía en tanto que los puñales con una cronología más baja se atribuían de manera genérica y sin un debate en profundidad a la llamada familia biglobular (Sanz, 2002: 99-100; Filloy Gil, 1997), se estudiaban como una variante local (Ruiz Vélez, 2005) o bien permanecían en el anonimato que tiene todo material no publicado (Palenzuela). Lo cierto es que todo parecía estar en contra de la definición de unos nuevos tipos de armas, que además sirvieran para dar una cierta independencia a la panoplia de las gentes del interior de la Meseta Norte.

Finalmente, hace relativamente poco, la continuación de los trabajos arqueológicos en la necrópolis de Las Ruedas, nos permitió (De Pablo, 2010) abordar el estudio de los puñales de filos curvos, como un arma con carta de naturaleza propia y extendida por una región, a grandes rasgos, similar a la del Monte Bernorio. El hallazgo de seis tumbas con este mismo tipo de puñal, en el punto central de la cuenca del Duero y de la región vaccea, permitió superar los estudios regionales sobre este puñal —conocido antes como tipo La Osera y tipo Villanueva de Teba—, y dar un paso más para el conocimiento de la panoplia de las gentes del Duero Medio y Alto Ebro, a partir de la vinculación con el puñal de enmangue en espiga, que también había sido desplazado y en parte ignorado.

No obstante, hemos de reconocer que nuestro primer estudio sobre estos puñales (De Pablo, 2010) fue posible por estar trabajando en ese yacimiento y tener la información de primera mano. Esto posibilitó ese trabajo, pero también hicimos algunas afirmaciones que hoy no mantenemos, por desconocer la existencia de otros puñales (y muchos otros materiales) que permanecían en el inéditos al no estar publicados por sus excavadores incluso décadas después de haber sido descubiertos. Ahora, tras la visita a los museos que los custodian, contamos con una muestra mucho mayor de la que se tenía de estas armas hace tan solo una década, confiando que la muestra con la que ahora contamos sea más representativa de la realidad que pretendemos estudiar.

En resumen, con todo esto hemos querido decir que la muestra existente durante la primera mitad del siglo xx era aleatoria, evidentemente, pero no era significativa de la realidad, lo que no solo hizo que se creara una imagen distorsionada del armamento de estos pueblos, sino que llevó a los puñales de enmangue en espiga y de filos curvos, hallados en las excavaciones de los años ochenta y noventa y reales «sucesores» de los Monte Bernorio a ser ignorados y considerados de la familia biglobular, en vez de ver en ellos unos puñales con personalidad propia.

El contexto de los realia

Los materiales arqueológicos con los que hemos trabajado proceden de necrópolis, poblados, campamentos romanos, campos de batalla, cuevas y cenizales o *ustrina*, a los que hay que sumar los puñales carentes de contexto de los que solo sabemos el yacimiento del que proceden o tan solo la comarca, provincia o región. Nuevamente la muestra con la que tratamos no está equilibrada, las necrópolis son los lugares que más dagas han rendido, alcanzando casi el 89% de los ejemplares, le siguen muy de lejos los poblados con un 4,4% de los ejemplares inventariados, las cuevas con el 0,9%, los campamentos romanos con un 0,5% y, finalmente, los campos de batalla y los cenizales, con un solo ejemplar cada uno, lo que supone un exiguo 0,16%, y que se podría resumir en el ejemplar hallado en el campo de batalla de Andagoste (Cat. 7) y en el de Los Cenizales de El Soto de Medinilla (Cat. 592). El 5,6% restante corresponde a las armas de las que conocemos poco o nada de su contexto, procedentes de excavaciones y hallazgos antiguos o de colecciones privadas.

La descompensación entre los distintos espacios donde se han hallado puñales es, cuando menos, llamativa, a la par que aporta a las necrópolis un peso absolutamente predominante en esta investigación. Si bien es verdad, la diferencia entre los poblados y los cementerios es, sin duda, la más impactante, con un 4,4% frente al 89%, lo que, sin embargo, no sorprende pues se produce una situación similar a la de otras partes del territorio peninsular. No negaremos que en el Alto Ebro y Duero Medio se hayan invertido más esfuerzos en la excavación de necrópolis que en la de poblados, pero, aun así, este motivo no justifica tamaña descompensación. Es más, el poblado de La Hoya en la Rioja Alavesa, viene a demostrar precisamente todo lo contrario, pues, durante los años setenta y ochenta del siglo pasado, las excavaciones en el poblado superaron con creces a las de la necrópolis (Llanos, 1982; 1983; 1984; 1985; 1986; 1987; 1988; 1989), tanto en campañas como en m² intervenidos, y los resultados de ambas reflejan unos números abrumadores: de los 149 puñales o restos de puñales inventariados en nuestra base de datos solo uno corresponde al poblado,² siendo, además, esta única pieza (Cat. 149) una contera que no podemos vincular con total seguridad a la vaina de un puñal, ya que cabe la posibilidad de que perteneciera a una espada.

Las necrópolis son, como hemos dicho, las que han rendido la mayor parte de los materiales arqueológicos de análisis en este trabajo, sin embargo, tampoco entre ellas podemos hablar de una muestra uniforme. Son cuatro las necrópolis sobre las que recae el peso de esta investigación por el gran volumen de objetos que de ellas proceden, nos referimos indudablemente a la necrópolis de Las Ruedas (Padilla de Duero, Valladolid), Piñuelas (Laguardia, Álava), La Casajera (Villanueva de Teba, Burgos) y, con muchas reservas por las razones que esgrimiremos más adelante, Miraveche (Burgos).

² El resto de las armas en la panoplia corren la misma suerte que los puñales, tanto puntas de lanza como umbos de escudo aparecen en un porcentaje bajísimo en comparación a la necrópolis. Un dato al que tenemos acceso pues en un principio nuestro trabajo se extendía a toda la panoplia y esas armas también fueron inventariadas en el BIBAT Museo de Arqueología de Álava.

Estas necrópolis han rendido un gran número de puñales contextualizados en conjuntos cerrados, alcanzando porcentajes de tumbas con armas muy altos en relación al total. A este respecto el caso de la necrópolis de La Cascajera puede que sea el más destacado pues el 70,2% de las tumbas del cementerio tienen armas y el 64,8% de las tumbas tienen puñales.³ En el lado opuesto, tenemos las necrópolis de El Pradillo (Pinilla Trasmonte, Burgos), Fuentesanz (Monasterio de Rodilla, Burgos) o, en menor medida, La Alcántara (Palenzuela, Palencia), donde se han hallado armas en sus depósitos funerarios, pero están muy lejos de alcanzar los porcentajes de los cementerios citados arriba.

La preeminencia de los cementerios como lugares de donde emana la mayoría de los datos arqueológicos nos obliga a tener en cuenta otras variables que pueden afectar de un modo u otro al estudio de las armas. A día de hoy, a nadie se le escapa que las sepulturas de los cementerios son contextos con una carga ritual y simbólica muy alta, por lo que cualquier acercamiento a las armas allí descubiertas debe hacerse con suma cautela. Las tumbas son espacios totalmente pensados e intencionados donde se ha elegido cada uno de los elementos que la componen, el tratamiento recibido de esos elementos también ha sido premeditado, así como su posición en la misma.

Lo cierto es que al trabajar con materiales procedentes de necrópolis tenemos que tener presente varios aspectos de diversa índole, que, evidentemente, pueden influir de manera positiva o negativa en el conocimiento de las armas.

El tratamiento a los difuntos por parte de las gentes del Duero Medio y Alto Ebro durante la II Edad del Hierro pasó por incinerar sus cuerpos antes de enterrar los escasos restos óseos resultantes de la incineración en la necrópolis.⁴ En muchos casos, los difuntos se acompañaron en la pira funeraria por sus objetos de ajuar, algo que queda evidenciado por ejemplo en las piezas de bronce termoalteradas. Los puñales también acompañaron en muchos casos al difunto en esa pira haciendo que piezas de madera, hueso y cuero desaparecieran en las llamas. La madera y el cuero son materiales que en caso de haber sido enterrados intactos habrían desaparecido podridos bajo tierra, sin embargo, no es menos cierto que si la oxidación del hierro se hubiese adelantado a la pudrición de la madera hubiéramos tenido, como en otros casos, negativos o madera conservada por la oxidación y en consecuencia más datos con los que estudiar los elementos degradables del puñal. Por lo tanto, el paso del puñal por la pira desechó la posibilidad de que se mantuvieran esos elementos de algún otro modo, además de termoalterar otras partes del puñal como las láminas de cubrición de bronce en los puñales de filos curvos o los damasquinados de plata y bronce de los puñales de tipo Monte Bernorio. En este sentido, las partes del puñal realizadas en hueso sí que podrían haberse mantenido si no hubieran pasado por la pira, es más, suena paradójico que el único puñal Monte Bernorio que conserva su empuñadura completa en la actualidad no proceda de un cementerio, sino de El Cenizal de El Soto de Medinilla (Cat. 592), como si un circunstancial extravío le hubiera salvado de pasar por las llamas y, por supuesto, de llegar a la tumba con su dueño.

La importancia de los conjuntos cerrados es indiscutible como vehículos para determinar aspectos cronológicos o las asociaciones de diferentes objetos del puñal y el resto de la panoplia. Las necrópolis brindan en cada una de las tumbas un conjunto cerrado, el cual a partir de la asociación con otros materiales podemos llegar a dotarles de una cronología a la daga en cuestión. Sin embargo, hemos de tener presente el momento de amortización de algunas piezas, sobre todo

³ En la necrópolis de Carasta se han documentado cuatro depósitos funerarios, todos ellos con puñales. Esto supone un 100% de las tumbas con armamento, sin embargo, como se podrá entender, la muestra todavía es muy pequeña.

⁴ Este fue el ritual normativo en las necrópolis, aparte tenemos las inhumaciones infantiles y el ritual expositivo reservado a los guerreros caídos en combate, de los que no tenemos muchas evidencias materiales.

objetos de lujo, que pudieron pasarse de una generación a otra durante mucho tiempo hasta su amortización definitiva. En este sentido puede que la pieza más paradigmática de la región que estudiamos sea casualmente uno de los ejemplares hallados en un poblado, nos referimos al puñal Monte Bernorio de Las Quintanas de *Pintia* (Cat. 377) recuperado sobre un banco corrido de una casa altoimperial romana (Sanz, 2008), lo que nos indica que esta pieza fue pasando de padres a hijos durante más de tres siglos hasta su amortización definitiva.

Otro aspecto de las sepulturas que se debe tener en cuenta es que al haberse depositado intencionadamente, en la mayoría de los casos, estos contextos se han encontrado inalterados, ya que no fueron objeto de las rebuscas típicas de las gentes de cualquier sociedad tras el incendio o destrucción de un poblado. Ello ha hecho de las tumbas los únicos contextos en los que hemos encontrado los conjuntos del puñal completos, es decir puñal propiamente dicho, vaina y broche, en muchas ocasiones acompañado por otros elementos de la panoplia como puntas de lanza o las piezas metálicas del escudo. Generalmente los conjuntos de puñal que nos hemos encontrado en las tumbas con un buen estado de conservación y prácticamente inalterados, presentan una gran coherencia entre los tres elementos que lo componen, tanto a nivel morfológico, estructural, como ornamental, de dimensiones, de técnicas decorativas y materiales utilizados. Así, por ejemplo, un puñal Monte Bernorio de la fase de desarrollo II suele presentar la misma morfología en los remaches de la vaina y del broche, la misma técnica decorativa de damasquinados de hilo de plata y bronce en la empuñadura de la daga, en la vaina y en el broche, los mismos motivos ornamentales en los tres elementos o los mismos materiales para piezas que se repiten en uno y otro elemento (caso de los remaches que suelen ser de hierro en esta fase). La presencia de los tres (o más) elementos que forman el puñal en un contexto cerrado, algo que solo nos han brindado las tumbas, nos ha permitido establecer conjuntos de puñal-tipo, ver relaciones con otras armas o conocer la evolución de los mismos a lo largo de la II Edad del Hierro, entre otras muchas cosas, siempre con el respaldo que aporta la coherencia de la mayor parte de los conjuntos estudiados.

Problemas metodológicos

Los problemas a los que nos hemos enfrentado en nuestra investigación han sido de índole muy distinta.

En primer lugar, tenemos los propios problemas relacionados con la naturaleza del arma y la conservación después de su hallazgo. Los tres tipos de puñales que vamos a abordar en profundidad (Monte Bernorio, enmangue en espiga y filos curvos) tienen en común, entre otras cosas, la construcción de la empuñadura sobre una espiga que actúa como alma de la misma y la utilización de materiales perecederos o vulnerables a la acción del fuego para una, dos o, incluso, las tres piezas que componen la empuñadura. Estas dos características de los puñales meseteños influyen decisivamente en la información que nos llega de su empuñadura, sin duda, la parte peor conocida de estas armas. En los puñales Monte Bernorio, los de enmangue en espiga y los de filos curvos la empuñadura se compone de tres elementos —guarda, puño y pomo— dispuestos de manera horizontal al alma de la empuñadura, es decir a la espiga. Los tres tipos tuvieron un puño realizado en hueso o madera, algo que ha hecho que prácticamente ninguno de ellos se haya conservado,⁵ salvo

⁵ Téngase en cuenta también que los puñales meseteños pasaron por la pira funeraria antes de ser enterrados como se ha comentado antes.

el excepcional caso de El Soto de Medinilla. Ello nos ha impedido conocer la morfología y estructura de esa parte del puñal, es más, solo en el caso de los puñales Monte Bernorio, donde el pomo y la guarda se han conservado, podemos saber qué grosor tuvo el puño en contacto con esas dos piezas. En el caso de los puñales de enmangue en espiga, el conocimiento de la empuñadura es peor que en los Monte Bernorio puesto que, aunque conservan —normalmente— una guarda maciza de bronce, el puño y el pomo solo se ha conservado en ejemplares muy puntuales en los que se evidencian influencias de las dagas celtibéricas y no en los puñales que presentan los rasgos normativos. Finalmente, los puñales de filos curvos son los que ofrecen más incógnitas en torno a su empuñadura, puesto que los tres elementos estuvieron realizados en material perecedero y solo conocemos su morfología por las chapas o láminas que las forraron o hicieron de grapas. Es cierto que en una daga de filos curvos de La Cascajera se ha podido reconstruir la empuñadura completa, sin embargo, son muchos los puñales de los que desconocemos cualquier aspecto de su empuñadura salvo que estuvieron montados sobre una espiga.

Precisamente la espiga y su conservación es otro de los problemas que nos hemos encontrado a la hora de estudiar los puñales meseteños. La espiga de estas dagas remata en todos los casos con un tope de morfología diferente y marca aproximadamente la longitud total de la daga propiamente dicha y de la empuñadura en particular. A este respecto uno de los problemas que han afectado al estudio de los puñales y en particular de sus dimensiones es la rotura o pérdida de la espiga. La espiga o alma de la empuñadura es una varilla de hierro de apenas unos milímetros de grosor que, una vez afectada por la oxidación, se rompe o descompone con suma facilidad, lo que nos impide conocer la longitud exacta que tuvo. Tampoco ayuda a la conservación de la misma que los elementos que pudieron haber servido como profiláctico o caparazón protector sean los que sufran por su naturaleza una descomposición segura, como ocurre con las piezas que formaron el puño. Algo que, evidentemente, no hubiera ocurrido si la estructura de las empuñaduras fuera similar a la de los puñales biglobulares o de frontón mixto.

Aun con todo, los escasos pero extraordinarios hallazgos de algunos puñales con puño o en los que se ha podido reconstruir la empuñadura con las chapas que revistieron el cuerpo lignario nos han permitido hacer una reconstrucción aproximada de cómo fueron esos elementos perdidos. Si bien, esperamos que futuros hallazgos permitan a los investigadores moverse en este terreno con algo más de seguridad y se vaya rellenando esta laguna documental.

La labor de conservación y restauración de las piezas extraídas de la tierra supone todo un reto para los restauradores. En este sentido, la conservación es una necesidad para el arqueólogo, pues una pieza de hierro que se exhuma de la tierra queda expuesta a nuevos agentes que pueden acelerar el proceso de degradación del mismo y acabar convirtiéndola en un saco de fragmentos informes de hierro y óxido cuyo valor como documento histórico no es mayor que el de una torre de mampostería desplomada; en otras palabras, si no se logra una buena conservación de la pieza podemos llegar a perder el documento histórico o una gran parte de la información que nos podría aportar. Así, la restauración, además de una necesidad, es una oportunidad de conocer muchos de los detalles que guarda el arma tras una gruesa capa de óxidos y concreciones de gravas y cantos que, en muchas ocasiones, difícilmente dejan ver la pieza.

En nuestro peregrinaje por los distintos museos y colecciones hemos podido comprobar que las piezas no siempre presentan las mismas condiciones, por causas múltiples. Sea de una u otra manera, las piezas no restauradas o que no gozan de una conservación aceptable han sido todo un

reto al que hemos tenido que enfrentarnos en este trabajo. En algunas ocasiones las concreciones presentes en torno a la pieza no solamente han imposibilitado reconocer muchos de los detalles estructurales, morfológicos y, por descontado, ornamentales de los puñales, sino que en los peores casos ha llegado a dificultar hasta la identificación tipológica de puñal, siendo el caso más reseñable el del puñal de la tumba 54 de Las Ruedas (Cat. 391). Prácticamente todas las dagas intervenidas que hemos tratado en este trabajo han pasado a mostrar detalles que antes de la restauración permanecían ocultos, uno de los puñales de los que hemos podido ser testigos de esta evolución ha sido el conjunto del puñal de la tumba 185 de Las Ruedas (Cat. 410). Este conjunto apareció durante la campaña de 2009 (Sanz *et alii*, 2009: 55; De Pablo, 2010: 366) formando un paquete herrumbroso con un gran volumen de concreciones en torno a él y todos los elementos fusionados y entrecruzados. La posterior intervención en el mismo (Barrio *et alii*, 2012), aunque no logró separar los tres elementos del puñal, sacó a la luz la superficie de la hoja con su capa de magnetita y unas finas estrías que recorrían la hoja de arriba abajo, así como el remate de la espiga, la vaina en su totalidad, amén de otros muchos detalles que permanecían ocultos en su descubrimiento.

Como decíamos antes, las excavaciones arqueológicas en la cuenca media del Duero y cuenca alta del Ebro fueron muy escasas durante la primera mitad del siglo xx. La consecuencia más inmediata fue que la panoplia de las gentes de esta zona tardase en conocerse más que la de otras regiones como la Celtiberia, es más llegó a extrapolarse la información extraída en zonas periféricas de la Meseta al interior. Aunque la escasez de excavaciones arqueológicas no favoreció el estudio y conocimiento de la zona durante la Protohistoria también se salvó de ser objeto de intervenciones arqueológicas en las que primaba el objeto y poco o nada importaba el contexto, caso de las conocidas excavaciones del marqués de Cerralbo o Morenas de Tejada en la Celtiberia. Ciertamente es que también contamos con algunas excavaciones antiguas de las que nada sabemos del contexto en el que fueron hallados sus materiales, y como tal esto ha sido otro de los problemas a los que nos hemos tenido que enfrentar a la hora de estudiar los materiales arqueológicos.

Una de las primeras excavaciones llevadas a cabo en el norte peninsular fue desarrollada por Romualdo Moro bajo las órdenes del marqués de Comillas en Monte Bernorio (Moro, 1891), donde se encontraron en el área de la necrópolis las primeras dagas que llevan el nombre de tan señero yacimiento. Sin embargo, hoy no se conoce nada sobre el contexto en el que se hallaron estos puñales; es más, a día de hoy es tremendamente complicado vincular incluso puñales y vainas con broches, ya que la mayoría de los conjuntos documentados corresponden a una etapa muy concreta que iría de mediados del siglo iv a.C. hasta principios del iii a.C. y tienen grandes similitudes morfológicas, estructurales y decorativas. La situación de los puñales de Monte Bernorio todavía empeoraría con los años, la venta del Palacio de Sobrellano a finales del siglo xx, lugar donde estaba el Museo del marqués de Comillas, hizo que la colección del magnate se disgregase, pasando la mayor parte de ellos a colecciones privadas. Varios ejemplares fueron adquiridos por Eugenio Fontaneda para su colección, que hoy se expone en el castillo de Ampudia, una suerte que no corrieron otros ejemplares descubiertos por Moro, que en la actualidad se encuentran en paradero desconocido y los hace por lo tanto más difíciles de estudiar. La necrópolis de Monte Bernorio, cincuenta años después de los proyectos del marqués de Comillas, contaría con una nueva intervención dirigida por Julián San Valero (1944) en la que se encontraron dos puñales, en dos tumbas distintas, guardando esta vez sí la integridad de los conjuntos.

Lara de los Infantes y Villamorón son las otras dos necrópolis que fueron intervenidas en los años veinte y treinta por M. Martínez Burgos y J. L. Monteverde la primera y L. Huidobro la se-

gunda y que no se beneficiaron de una metodología moderna (Ruiz Vélez, 2001: 49-61, 63-69). Hoy día la asociación de sus conjuntos está perdida, si bien, el número de ejemplares procedentes de esos cementerios es mucho menor al de Monte Bernorio, por contra hemos de decir que hemos perdido el contexto de puñales con cronologías antiguas dentro de la segunda Edad del Hierro, los cuales son los peor documentados contextualmente hablando de todos los puñales.

En este sentido puede que el caso de la necrópolis de Miraveche sea el más problemático de todos. Miraveche es una necrópolis burgalesa que fue excavada en 1935 por M. Martínez Burgos y J. L. Monteverde, sin embargo, estos nunca llegaron a publicarla, habiendo de esperar a la obra de Wilhem Schüle para conocer sus materiales (1969). Lo cierto es que el ordenamiento de sus tumbas fue cuestionado desde el principio, incluso por el propio Schüle que colocó bajo la lámina de cada tumba el número de la misma junto a una interrogación (Schüle, 1969: taf. 136-152). Esta ordenación fue negada por Ignacio Ruiz Vélez años después, quien además propuso una nueva a partir de la revisión de fichas existentes en el Museo de Burgos (2001: 73-78). Lo cierto es que, a nuestro juicio, ninguna de las dos ordenaciones parece fiable, algo que nos reafirmó Juan Carlos Elorza, antiguo director del Museo de Burgos, quien, en una conversación en dicho museo, nos comunicó el escaso cuidado que se había tenido en el Museo para salvaguardar el ordenamiento de los conjuntos de Miraveche antes de su llegada allí.

Decíamos atrás, cuando tratábamos las sepulturas como contextos cerrados y su valor como tales, que la coherencia de los conjuntos de puñal en las tumbas es un valor añadido en el estudio de las armas. Este permite llevar a cabo relaciones no solo entre las dagas y el resto de los objetos contenidos en la sepultura, sino también entre cada uno de los elementos que componen el conjunto del puñal, vinculando morfologías, estructuras y dimensiones de cada uno de ellos, algo que podría complicarse de no poder contar con estos contextos tan completos. Sin embargo, esta coherencia de los conjuntos de puñal a la que aludimos en las tumbas rara vez la encontramos en las sepulturas de la necrópolis de Miraveche, ni en la ordenación de Schüle, ni en la de Ruiz Vélez. Es cierto que, siguiendo la ordenación de Schüle, encontramos cierta coherencia en algunos conjuntos de puñal como los de las tumbas 22, 31 y 44 (Schüle, 1969: taf. 144),⁶ sin embargo, nos parecen altamente improbables las asociaciones hechas en las tumbas 36, 60 o 69 (Schüle, 1969: taf. 140, 146-147). Por su parte, la ordenación de Ruiz Vélez, lejos de dotar de un orden a la necrópolis digamos que enturbia más su comprensión. Todo esto nos ha situado en una posición muy difícil, dado que ha hecho que tengamos que elegir entre dos ordenaciones en las que no creemos. Finalmente, y solo por puro pragmatismo, hemos decidido utilizar la ordenación de Schüle para referirnos a unas u otras piezas de la necrópolis, dotarles de cierta personalidad y no referirnos genéricamente a ellas como un puñal de Miraveche y por continuar con la ordenación que han seguido prácticamente todos los autores hasta el día de hoy. Si bien todos los puñales, vainas y broches que carecen de esa coherencia han sido tratados de manera individualizada en nuestro inventario (Cat. 178-205) y solo los que tienen una vinculación evidente se han aglutinado en un mismo conjunto y por lo tanto en un solo registro, caso por ejemplo del conjunto de la «tumba» 31 (Cat. 179). Tampoco hemos utilizado las «tumbas» para establecer su cronología, puesto que ninguna de las asociaciones propuestas por Schüle o Ruiz Vélez nos parecen fiables. En resumen, hemos tratado todos los puñales de la necrópolis de Miraveche como si fueran ejemplares descon-

⁶ Nos parecen coherentes únicamente los elementos que componen el conjunto del puñal, no su asociación con otros elementos como fíbulas.

textualizados, que para nosotros lo son, ya que continuar utilizando las asociaciones propuestas nos parece una temeridad.

Otro de los grandes problemas a los que nos hemos enfrentado ha sido la «no publicación» de las excavaciones realizadas en la Meseta Norte y el Alto Ebro. Resulta, cuando menos, llamativo que dieciséis años después de que Fernando Quesada advirtiera que la publicación detallada con datos completos de cronología y contexto de las armas halladas en excavaciones recientes supondría una renovación del corpus de armas existentes y una revolución en cuanto al conocimiento de las mismas, dado que este nuevo material habría sido mejor excavado, datado y contextualizado (Quesada, 2002), no se hayan publicado íntegramente los resultados de ninguno de los yacimientos que él enumeraba y afectaban a nuestra zona, como Las Ruedas, Villanueva de Teba o La Hoya u otros que no mencionaba como La Alcántara en Palenzuela. Es cierto que los motivos por lo que no se han dado a conocer unos y otros yacimientos son dispares. Por un lado, tenemos aquellas necrópolis de las que se han dado a conocer muchos datos, pero de los que falta una gran publicación que ponga a disposición de cualquier investigador todos los datos y las interpretaciones de la necrópolis. Este es el caso de la necrópolis de La Cascajera en Villanueva de Teba, dada a conocer en algunas publicaciones que estudiaban sobre todo el armamento (Ruiz Vélez y Elorza Guinea, 1997; Ruiz Vélez, 2005), y de la necrópolis de Las Ruedas, la cual, aparte de las 66 tumbas publicadas por Sanz (1997) se han dado a conocer otras tantas más, pero desperdigadas en multitud de publicaciones que pueden llegar a ser difíciles de controlar. Por otro lado, tenemos las necrópolis de las que se han publicado algunos datos, pero omitiendo la información necesaria o básica, es decir se ha publicado una pieza, pero no se ha aportado la tumba de donde procede. Este es el caso de la necrópolis de Piñuelas, de la que tenemos varios puñales, vainas y broches publicados, pero no se ha aportado el conjunto del que procede (Fillooy, 1990; Fillooy y Gil, 1997; Llanos, 2002; Fillooy, 2002; Llanos, 2005). No creemos que sus excavadores tuvieran la intención de ocultar información, sino más bien la cautela de no dar datos definitivos sobre la organización o seriación de las tumbas antes de la ordenación definitiva de la necrópolis. Lamentablemente, la necrópolis de Piñuelas sigue esperando una seriación definitiva, por lo que se siguen utilizando la denominación de conjuntos y no de tumbas o sepulturas a la espera de la misma. Estos conjuntos, tal y como nos dijo su excavador, son contextos cerrados, sin embargo, la escasa entidad de algunos de ellos obligará a darlos de baja o más bien a no «transformarlos» en tumbas en el futuro. Por lo tanto, a la espera de una futura organización definitiva se ha optado por seguir utilizando la numeración de los conjuntos para referirnos a las piezas que en ellos se contenían y una ordenación que es la que también sigue el propio Museo de Arqueología de Álava. Finalmente, La Alcántara puede que sea la necrópolis de la que menos noticias se han publicado (Martín Valls, 1984; 1985; 1990) a la par que el cementerio que más tiempo lleva excavado de los arriba mencionados. Un problema al que nos hemos tenido que enfrentar o sortear de la mejor forma posible pues el Museo de Palencia tampoco ha recibido por el momento todas las tumbas exhumadas en la necrópolis, lo cual ha imposibilitado que sepamos cuantas armas hay en esta necrópolis, que tipos, amén de otros aspectos como la cronología, en una necrópolis situada en plena región vaccea y que podría haber actuado como un puente más entre los hallazgos del Alto Ebro y el Duero Medio.

De una u otra manera lo cierto es que hemos podido acercarnos a casi todos los materiales de las necrópolis mencionadas y extraer los datos que afectaban directamente a nuestro estudio, con la excepción de algunas tumbas de la necrópolis de La Alcántara (Palenzuela). Si bien, las limitaciones han sido obvias, en primer lugar, por tener que conseguir el permiso de sus excavadores o, en

caso de no ser necesario, conseguir de ellos algunos datos básicos de la excavación, y en segundo lugar, no disponer de las interpretaciones y estudios sobre ellas, que hubieran aportado una interpretación más sobre los conjuntos descubiertos en esas necrópolis, a parte, de la nuestra propia.

2. Iconografía

La Iconografía es, en orden de importancia, la segunda fuente de información de la que se nutre este trabajo, si bien es cierto que a mucha distancia de la anterior y con un peso que debemos relativizar. A día de hoy los objetos o soportes con iconografía armamentística en el Duero Medio y el Alto Ebro son realmente escasos.

En la cuenca central del Duero, el yacimiento de *Pintia* en Padilla de Duero rindió un puñal de tipo Monte Bernorio en la tumba 32 de Las Ruedas en el que se representaron dos parejas de guerreros armados con un escudo —probablemente una *caetra* de tipo Monte Bernorio— y una lanza (Romero y Sanz, 1992: fig. 2,19; Sanz, 1997: 85-89 y 439-448, figs. 76-78). Por su parte, también en territorio vacceo, se halló en la necrópolis de La Alcántara en Palenzuela lo que podría ser la cabeza de un guerrero con un casco hecha en terracota (Barril y Fernández, 1990). Finalmente, Clunia, Lara de los Infantes e Iglesiapinta puede que aporten, a partir de sus estelas, el conjunto iconográfico más abundante de la cuenca central del Duero. Aunque la mayor parte de las estelas descubiertas en la zona burgalesa datan de época romana, seis de ellas se han distinguido como estelas prerromanas de finales de la II Edad del Hierro (Marco, 1978: 90-91). Cuatro de ellas proceden de Clunia, en la primera de ellas aparece un jinete armado con una lanza y un gran escudo circular (Marco, 1978: 90 y 121, B10), la segunda, hoy desaparecida, tiene un jinete con una lanza curvada en la que se ensartan tres rodela (Marco, 1978: 90 y 121, B11), en la tercera aparece otro jinete con una lanza y un gran escudo circular y frente al caballo otras tres rodela (Marco, 1978: 90 y 121, B12), y finalmente en la cuarta estela, también desaparecida, aparece un guerrero enfrentado a un bóvido armado con un escudo y una espada o puñal (Marco, 1978: 90 y 122, B13). En Lara de los Infantes se halló una estela con la representación de un guerrero con espada junto a una lanza rodeado por cuatro trompeteros (Marco, 1978: 91 y 144, B135). Por último, de Iglesiapinta proviene una estela con una nueva representación de un guerrero con un escudo y lábaro y un jinete, ambos afrontados a un grupo de trompeteros (Marco, 1978: 91 y 126, B38).

Asimismo, nos gustaría llamar la atención sobre los grabados rupestres de Domingo García en Segovia (Balbín y Moure, 1988: 23; Ripoll *et alii*, 1994: 12-21; Royo, 2005: 169-170; 2009: 41) y la posibilidad de que este pueda constituir en el futuro un nuevo conjunto iconográfico de la II Edad del Hierro de gran interés, no solo a la hora de estudiar el armamento, sino la sociedad protohistórica en general. José Ignacio Royo (2009: 41, 54, 62 y 66-67) apuesta por adscribir las representaciones íntegramente piqueteadas a la Edad del Hierro frente a las realizadas con incisiones o piqueteado perimetral datadas, en este caso con seguridad, en el Paleolítico.⁷ Lo cierto es que, de confirmarse la datación propuesta por Royo, multiplicaría las representaciones protohistóricas de hombres armados en la Meseta Norte (con espadas, escudos u hondas), añadiría nuevas representaciones de caza y aportaría una gran información sobre actividades económicas de las gentes

⁷ Lo cierto es que el conjunto también tiene otros grabados datados en la Edad Moderna e incluso inscripciones contemporáneas.

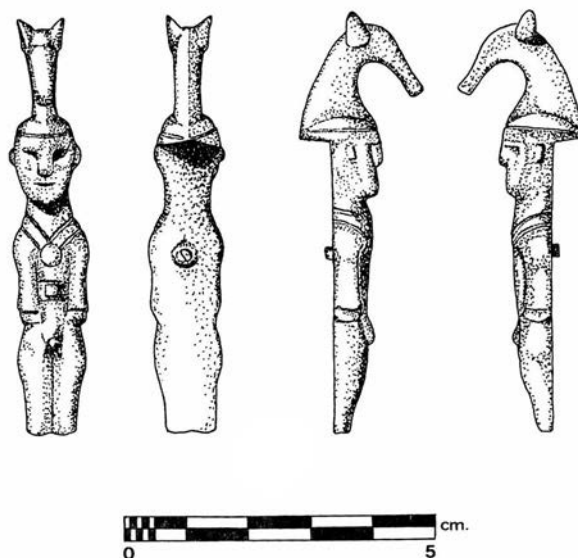


Fig. 3. Figurilla de un guerrero hallado en el poblado de Atxa (Filloy y Gil, 1995: fig. 52).

de la época, en este caso de la ganadería. Si bien no hemos de olvidar que otros autores ponen en duda su filiación protohistórica (Ripoll *et alii*, 1994: 20).

Por su parte, la cuenca alta del río Ebro ha rendido varias representaciones de guerreros que podríamos englobar en dos conjuntos diferentes: figurillas de bronce (apliques y colgantes) y estelas de piedra. El primero de ellos lo componen dos colgantes antropomorfos hallados en el poblado de La Hoya (Llanos, 2002a: 84-85, fig. 78; 2005: 62, fig. 64) y uno procedente del poblado de Atxa (Fig. 3) (Filloy y Gil, 1995: 150-152, fig. 52, láms. 17 y 18) los cuales han sido interpretados recientemente como guerreros por Javier Armendáriz (2012: 75-76) en su estudio sobre la estela navarra de Turbil, por llevar cascos y discos-coraza en todos los casos. El segundo grupo de representaciones lo constituyen las estelas de piedra, de las documentadas en la zona alavesa solo tres tienen representaciones de guerreros. Qué duda cabe que la más conocida de todas es la estela del jinete de Iruña (Nieto, 1952; Filloy, 1994b: 351-352), en la que aparece un guerrero montado a caballo con una lanza en una mano y las riendas del caballo en la otra. Menos conocida y en peor estado de conservación esta la estela de Argote estudiada por Juan Carlos Elorza (1972: 133-138), quien, a partir de dos fragmentos del disco de la estela, interpretó la existencia de un jinete con lanza y *caetra*, cierto es que no podemos afirmar que el guerrero tuviera una montura, pero es segura la existencia de un escudo a la altura de su pecho, un penacho y en la parte baja lo que podría ser la punta de la lanza. La tercera estela alavesa fue hallada en el poblado berón de La Hoya, en este caso se trata de la representación acéfala de un guerrero (Llanos, 2005: 31, fig. 67) con dos correas cruzadas en el pecho y un cinturón del que se proyecta lo que parece la empuñadura o vaina de un puñal o espada sujeta al cinto, finalmente detrás del guerrero hay representada una lanza y algunos otros trazos que podrían llegar a interpretarse como un escudo. Por último, casi en el límite septentrional de la zona de estudio en plenas tierras cántabras proceden la estela de Zurita (Marco, 1978: 38, C73) y la de San Vicente de Toranzo (Peralta, 2000: fig. 101 y 115), unas estelas que reflejan una escenificación y unas creencias de la Edad del Hierro por lo que se han considerado indígenas

o de tradición indígena (Marco, 1978: 90, C73; Peralta, 2000: 80, nota 465), si bien tampoco faltan estudios que apuestan por una cronología y carácter romano o incluso más tardío (Pérez y Nuño, 1995: 275-279; Vega, 1995: 290). La estela de San Vicente de Toranzo tiene representado un guerrero montado a caballo, al parecer desnudo, portando lo que se ha interpretado como dos lanzas o jabalinas. Por su parte, la estela de Zurita de Piélagos, sin duda alguna, una de las estelas más famosas y comentadas de todo el norte peninsular, representa a tres guerreros, a los que se podría sumar un cuarto montado en el caballo situado a la izquierda de la escena. De los tres guerreros, dos están de pie y portan un escudo circular y una lanza, en tanto que el tercero, caído en combate, aparece tendido en el suelo junto a un buitre que está dando cuenta de él, en lo que parece una clara referencia al ritual expositorio de los guerreros muertos en combate a estas aves.

Como decíamos al principio son pocas las representaciones iconográficas de guerreros y armas en la zona estudiada, pero lo que realmente hace que tengamos que matizar el valor documental de esta fuente de estudio para nuestro trabajo es que, como hemos podido comprobar, son prácticamente nulas las representaciones de puñales en los guerreros representados. Incluso llega a darse la paradoja, que aun siendo un puñal soporte de la representación de dos parejas de guerreros, caso del pomo de la tumba 32 de Las Ruedas, ninguno de ellos muestra puñal alguno. También es cierto que en alguna de las representaciones mencionadas podemos llegar a interpretar, aunque con ciertas dudas, la presencia de un puñal, caso de la estela de La Hoya (Llanos, 2005: 31, fig. 67) o una de las estelas de Clunia (Marco, 1978: 90 y 122, B13). De mismo modo, tampoco queremos obviar que varios guerreros tienen representados destacados cinturones, particularmente en las figurillas de bronce alavesas (Filloy y Gil, 1995: 150-152, fig. 52, láms. 17 y 18; Llanos, 2002a: 84-85, fig. 78; 2005: 62, fig. 64), un elemento de gran importancia en los puñales que trataremos a continuación y que en las figurillas bronceas podríamos ver como una referencia indirecta a las armas que van a ser objeto de este trabajo. Por lo tanto, queremos dejar claro desde un primer momento que no llevaremos a cabo un inventario con el fin de recopilar las diferentes representaciones de puñales en la iconografía de la zona, simplemente por el hecho de que no tenemos constancia fehaciente de estos en la iconografía de la zona como hemos tenido ocasión de ver.

En este punto se podría pensar que la iconografía queda como una fuente poco útil en nuestro estudio, sin embargo, nada más lejos de la realidad. Se vuelve a dar la paradoja que las representaciones iconográficas en las que creemos ver las tres dagas que vamos a estudiar en profundidad proceden o se hallan fuera de los límites de la zona de estudio. Todas estas representaciones provienen de lo que podríamos denominar una franja periférica en torno al Duero Medio y Alto Ebro, zonas en las que el estudio de los *realia* se antoja difícil por la escasez de materiales arqueológicos, caso por ejemplo del Bajo Duero o Duero portugués, en lo que constituye una situación inversa a la de nuestra región.

Tres son los grupos iconográficos de los que nos hemos servido en esa periferia para nuestro estudio y que traeremos a colación a la hora de tratar cada uno de los tres puñales. El primer conjunto iconográfico son las esculturas de los guerreros castreños de la zona del Duero portugués y el extremo occidental de la Meseta (Fig. 4) (Calo, 2003; Quesada, 2003), el segundo conjunto son los grabados rupestres de los numerosos sitios arqueológicos del Valle del Coa (Luis, 2008; Lesmos y Cruz, 2008; Baptista y Reis, 2009; Luis, 2009; 2016), y el tercero, aunque ya de menor importancia, son algunas de las acuñaciones monetales emeritenses de época romana, particularmente de Publio Carisio (Santos Yanguas, 2003; Cebrián, 2012). A estos conjuntos se une la Diadema o Diademas de Moñes, una de las piezas más destacadas de la orfebrería prerromana del Noroeste peninsular (López Monteagudo, 1977; García Vuelta y Perea, 2001; Schattner, 2012).

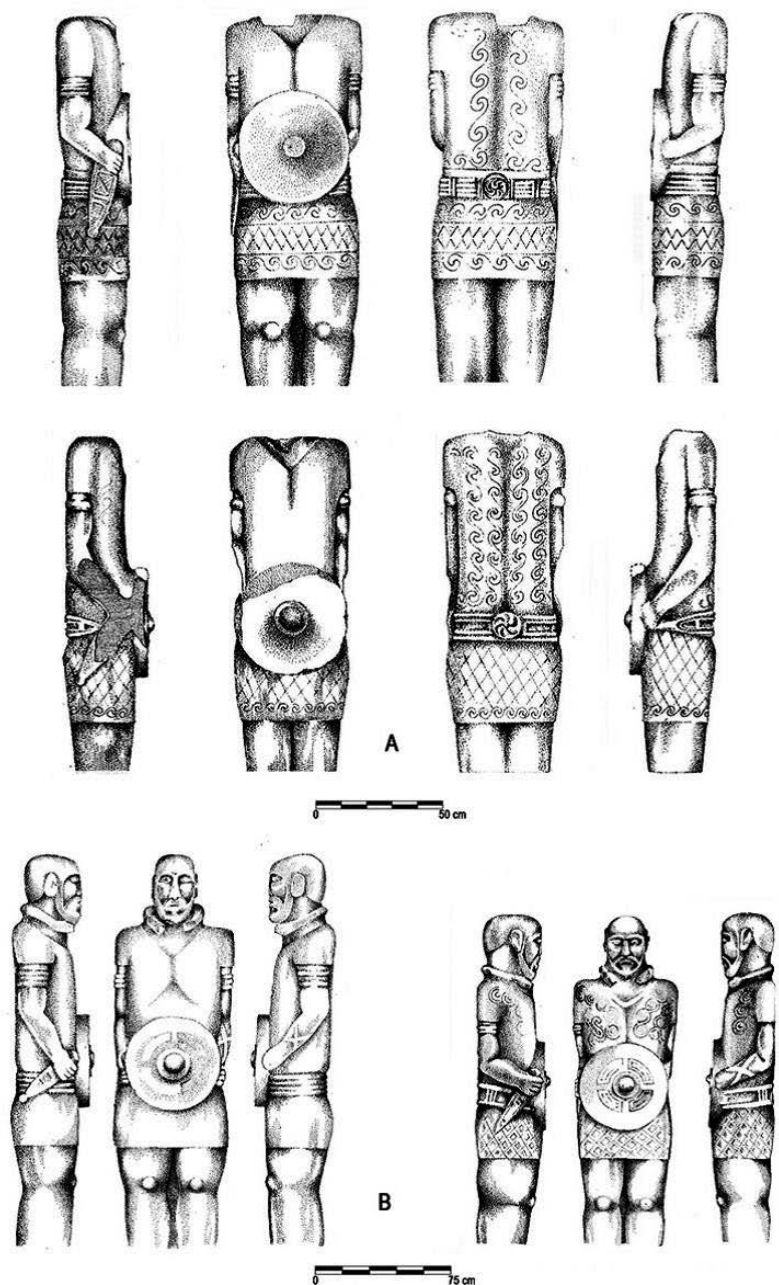


Fig. 4. Guerreros castreños de Campos (A) y Lezenho (B) (según Silva, 1986).

Ciertamente la mayoría de las representaciones mencionadas aportan muy poca información sobre la morfología o estructura de las armas aquí estudiadas. Tampoco son de gran ayuda los aportes a la cronología de las mismas, ya que, o carecen de contexto o todavía hoy son objeto de debate entre los diferentes especialistas que se han acercado a ellas. Es más, a día de hoy, es más probable que las esculturas de los guerreros castreños, la diadema de Moñes o los grabados del valle del Coa se beneficien la cronología propuesta para los puñales de la Meseta que al revés. Sin embargo, el reconocimiento de esas armas en la iconografía sí que ha aportado una información

imprescindible para conocer el sistema de suspensión del arma y el lugar en el que los guerreros portaban las dagas. En este sentido, hemos de recordar que, durante la II Edad del Hierro, los pueblos de la Meseta quemaban a los difuntos y sus pertenencias (ajuar) en una pira, recogiendo posteriormente los huesos y, en el caso de los guerreros, las partes metálicas de las armas para depositarlas en una tumba abierta para la ocasión en la necrópolis. Esto impedía la conservación de las partes no metálicas del puñal, que desaparecían con las llamas, y saber el lugar donde se situaba el puñal en el cuerpo, algo que en caso de tratarse una inhumación podría haberse sabido con mucha más facilidad. Por ello las representaciones iconográficas de los puñales nos pueden ayudar a reconstruir algunas de las partes perdidas en la pira o por el simple paso del tiempo, además de ser necesarias e imprescindibles para conocer la posición del arma en el cuerpo y la funcionalidad de los diferentes elementos que forman los puñales de la Meseta y concretamente la pieza curvada que tradicionalmente se ha interpretado como un tahalí, pero que nosotros entendemos que se trata de un broche de cinturón.

Las representaciones iconográficas no siempre son fáciles de interpretar, por lo que hemos de estar seguros a la hora de atribuir una representación a un arma. La dificultad reside por un lado en el detalle con que se haya representado y por otro en el conocimiento que se tenga en ese momento del arma representada. Asimismo, la gran variedad de puñales existentes en el cuadrante NO de la Península Ibérica y el parecido morfológico de la vaina, han podido llevar a interpretar como un tipo de puñal lo que se quiso representar como otro diferente. Así, puede que el ejemplo más destacado sea el haber visto un puñal Monte Bernorio en una de las series monetales de *Emerita Augusta* acuñadas por Publio Carisio (Peralta, 2000: 194). E. Peralta vio en el puñal del guerrero cautivo arrodillado con un trofeo sobre él, un puñal que se asemejaba sobre todo en la contera a los puñales Monte Bernorio. Sin embargo, si nos fijamos con detenimiento en el puñal (Cebrián, 2012: 37) se trata de un puñal de antenas, muy característico en la zona asturiana y galaica, que se remataba por una contera de dos pequeños discos en la vaina y con unas antenas en el pomo (Arias y Durán, 1996: 83; González Ruibal, 2006: 222-224), y no de un puñal Monte Bernorio. Con ello queremos transmitir que una mala identificación de esa arma como un Monte Bernorio, lejos de actuar como una fuente de conocimiento más para el puñal, podría haber otorgado una cronología o al menos una pervivencia de los modelos bernorianos hasta finales del siglo I a.C.; cuando sabemos que los puñales Monte Bernorio dejaron de manufacturarse entre finales del siglo III y principios del siglo II a.C.; perviviendo solo algunos de ellos como reliquias (Sanz, 2008).

3. Fuentes literarias grecolatinas

Sin duda alguna las fuentes escritas son las que menos información han aportado a este estudio. Al contrario de lo que puede pasar con los escritos grecolatinos para el armamento de los galos, en los que llegan a referirse a las características de la hoja, la forma de suspensión de sus espadas e incluso a la escasa calidad de la metalurgia de sus armas (Moralejo, 2011), el armamento de los pueblos del interior de la Meseta Norte no recibió tanta atención como estas. La mayor parte de las referencias que podemos utilizar para el estudio de los puñales son muy vagas o bien hacen referencia a pueblos de la periferia y no pasan más allá de mencionar el arma. Es decir, es difícil ver en las referencias que nos han llegado de los autores griegos y latinos las armas que estudiamos. Haciendo un pequeño esfuerzo puede que podamos ver una referencia indirecta a los puñales en una cita de Apiano (*Iber.*; 53) en la que relata el combate singular entre Escipión y un guerrero vacceo:

Uno de los bárbaros salía con frecuencia a caballo hacia el espacio que mediaba entre los dos ejércitos, tocado con las armas de forma distinguida, y provocaba al que quisiera de los romanos a un combate singular, y como ninguno aceptaba, se retiraba después de burlarse y ejecutar una danza en actitud despectiva

En este pasaje cuando Apiano dice «*tocado con las armas de forma distinguida*» podríamos interpretar, a tenor de las características de los puñales del Alto Ebro y Duero Medio que eran indudablemente las armas más simbólicas y donde más proliferaba la decoración de la panoplia, que una de esas armas que tanto llamó la atención del cronista (que en este caso no era Apiano) era un puñal.

Otra de estas imprecisas citas que pueden hacer referencia a los puñales de los pueblos vacceos (o vetones) la encontramos en un texto de Plutarco (*Virt. Mul.*; 248e) cuando narra la valentía de las mujeres de *Salmántica* en el asedio de Aníbal a la ciudad:

Disponiéndose a atacar Aníbal Barca, antes de emprender la guerra contra los romanos, a Salmantiké, ciudad grande de Iberia, llenos de temor los asediados en un principio, prometieron hacer cuanto se les ordenara y dar a Aníbal trescientos talentos de plata y trescientos rehenes. Y habiendo levantado aquél el cerco, cambiando de parecer no hicieron nada de lo que habían prometido. Habiendo vuelto en consecuencia Aníbal nuevamente y habiendo ordenado a sus soldados poner mano a la ciudad, con saqueo de sus riquezas, asustándose los bárbaros, completamente se avinieron a salir con un solo vestido los libres, abandonando las armas, las riquezas, los esclavos y la ciudad. Pero las mujeres, creyendo que los enemigos cachearían a cada uno de los hombres al salir, pero que a ellas no las tocarían, llevando puñales ocultos salieron acompañando a los hombres.

No mucho más explícita es la corta referencia que hace Marco Anneo Lucano (*Phars.*; VI, 259) de las armas cántabras cuando las pone en relación con las teutonas, algo que no nos ha de extrañar primero por la escasez de espadas en la zona noroccidental de la península y segundo por la fama que tenían las espadas hispanas en general por la corta longitud de sus hojas:

El cántabro con sus pequeñas armas y el teutón con sus armas largas

Posiblemente la referencia que mejor describa a un guerrero de la Meseta y la panoplia que portaba provenga de Estrabón (*III*, 3, 6). Sin embargo, somos conscientes que se refiere a los guerreros lusitanos los cuales, muy probablemente portaron armas similares a los vacceos. En otras palabras, el texto que mejor podría encajar con el registro arqueológico describe un guerrero de la periferia de la zona de estudio:

Se dice de los lusitanos que son hábiles en emboscadas y exploraciones, siendo ágiles, ligeros y capaces de salir de peligros. Dicen que ellos usan un pequeño escudo que tiene un diámetro de dos pies y es cóncavo por delante, y se maneja por correas, no teniendo ni abrazadera ni asa. Además, llevan puñal o cuchillo. La mayor parte tiene corazas de lino, y sólo pocas corazas de malla y un casco con tres penachos, mientras los demás usan cascos de nervios. Los infantes usan también grebas y cada uno lleva varias jabalinas.

A la escasez de menciones de armas en general y de puñales en particular, añadimos un problema más que hace de estas unas fuentes escasamente rentables en nuestro estudio, es el factor tiempo. Hay que tener en cuenta que las primeras incursiones narradas, y por lo tanto de las que tenemos noticia, de ejércitos mediterráneos en el interior de la Meseta norte se remontan al año 220 a.C. cuando Aníbal antes de dirigirse a la Península Itálica ataca el territorio de los vacceos. Después de esta mención no encontraremos otra a la zona hasta principios del siglo II a.C. y con los ejércitos romanos como protagonistas. Esto hace imposible que los textos clásicos pudieran hablarnos en detalle o siquiera mencionarnos dos tipos de puñales que estudiamos en este trabajo, los Monte Bernorio y los de enmangue en espiga, pues ambas producciones se encontraban en proceso de desaparición en las últimas décadas del siglo III a.C.

Tampoco discutiremos sobre la objetividad de los autores que nos transmitieron esos y otros pasajes, o los múltiples condicionantes de su redacción, transcripción o conservación que han sido mucho mejor analizados por otros autores que han tratado la guerra y las armas en la Protohistoria peninsular y europea (por ejemplo: Quesada, 1997a: 26-31; Gracia, 2003: 18-26; Moralejo, 2011: 29-34). Asimismo, somos conscientes de que muchos de los autores clásicos no vivieron en primera persona los hechos narrados en sus textos, ni tan siquiera fueron contemporáneos a ellos. Es por todo esto por lo que hemos de considerar los textos clásicos como fuentes secundarias o complementarias, que nos servirán únicamente en momentos muy puntuales de nuestro estudio.